

figura de Doña. Doña Dolores Ugarte, que no tiene, como lo tenía su marido, un ostentoso cúmulo de historias y proezas, cierto; pero sí acaso una más dramática personalidad.

Todas estas cualidades y condiciones, están pintadas en hechos vivos, naturales, por Waldo Urzúa; los que consecuencialmente parecen moverse por sí solos dentro del relato. Nada de hipérbolos y de artificios que pretendan darle falso valor a la realidad; nada de rebuscar los efectos ni de retorcer la técnica, en vanos esfuerzos de ponderación. Todo resulta, en la novela, como debe resultar: sencillo, equilibrado, verosímil; ajustado al ambiente y a los caracteres.

Puede que, de acuerdo a la índole de sus personajes, le falte un poco de profundidad, en sus cimientos, a esta gran novela; pero su construcción visible se alza sólida y armónica —como debió ser la vieja casona patronal de Cabimbao—; sostenida por esos dos pilares de noble fibra que son Don y Doña. Dos pilares labrados como en corazón de molle, por los duros filos de la vida. Junto a ellos, están los perfiles menores de los demás personajes; de entre los que alcanza mayor fuerza de expresión, el silencioso Malfiue.

Una gran novela del campo chileno, repetimos, esta novela del malogrado Waldo Urzúa; que honra no sólo a las letras chilenas, sino también a las hispanoamericanas.—GUILLERMO KOENENKAMPF.

<https://doi.org/10.29393/At325-22DALM10022>

“DON ARTURO”, de *Luis Durand*

Cuando leímos, siendo adolescentes, “Amalia”, de José Mármol, adquirimos una imagen monstruosa de Rosas, el gobernante argentino, pero al mismo Rosas lo ve don Vicente Pérez Rosales, como un hombre sonrosado y afable, con facha de inglés. Y es que, indudablemente, el biógrafo o el novelador de personajes históricos, necesita, una perspectiva, esa distancia que esfuma el lenguaje de la pasión y permite contemplan al hombre no sólo en el suceso de su apariencia, sino en la entraña misma de sus sentimientos. Y en dicha zona aflora casi

siempre la bondad o la idea constructiva, limpia. Esta proeza la ha logrado Luis Durand en su biografía de don Arturo Alessandri, recién aparecida. El novelista ha visto ese perfil hondo, más valioso que muchos detalles y trazando el contorno justo, hace vivir a su personaje, con tal dinamismo que el lector cierra el libro con la garganta apretada por la emoción. Siente que su héroe haya envejecido y muerto, que no existan otras aventuras a fin de poner a prueba su energía y ese sustento idealista que lleva dentro de sí el político.

Si alguien nos pidiera una definición sumaria de este último libro de Luis Durand, diríamos que lo caracteriza el equilibrio. No es fácil coger un hombre desde antes de su primer vagido en el mundo, llevarlo dos veces a la presidencia de un país y, en seguida, atisbar sus pasos hasta la muerte. Sólo un artista de verdad podía lograr ese sentido de las proporciones, de los matices más sutiles, que revela Luis Durand en esta obra. El novelista, familiarizado con los temas agrícolas y, en especial, con el lenguaje de nuestros huasos que revive en forma maestra, triunfa ahora con un personaje de escenario grande, donde los soportes de la descripción, son apenas respiros y en ningún momento recursos de técnica narrativa.

Luis Durand advierte en la introducción de su libro que no se aguarde un análisis frío, ni en un ensayo crítico de su pluma, que es un trabajo escrito con fervor hacia la persona del Presidente Alessandri. Pero Durand es capaz de distinguir defectos con pupila certera; posee todas las condiciones para haber sido un Balzac chileno y si ha llevado la figura de Alessandri al plano biográfico es porque satisface, satura, su sensibilidad y su inteligencia. Una obra de esta índole, escrita con exclusivo fervor habría resultado un caramelo, uno de esos libros *in memoriam* hechos por encargo.

Durand lleva, al contrario, a su protagonista a todos los riesgos; lo sitúa frente a la ingratitud y versatilidad de los hombres; no elude los actos de su administración más duramente atacados y la imagen del héroe se salva. Le ocurre igual que a Ulises o a Don Quijote, cuando sus creadores quieren probarlos en una situación difícil y la ficción perdura, con más fuerza que la vida misma. El público se

hace una visión de sus gobernantes que tiene más de literal que de humano y la responsabilidad del verdadero artista, consiste en sacar a luz esa vivencia y darle un tratamiento adecuado. He ahí un secreto de la técnica de Durand, aunque él no crea en la técnica, en la suposición de que ésta desvitaliza la creación literaria. Cuando Durand trae a colación el suceso del auditor que condena a muerte a un político revolucionario y el Presidente de la República, su antiguo compañero de armas, dice "no, mandenlo a una isla distante" delata ese fondo de blandura que posee el hombre, a pesar de su continente agresivo e inexorable.

Igual sucede con don Arturo Alessandri, a quien se siente respirar, comprimido por la contradicción política, abrumado por la visión ideal, lógica, inherente a todo gobernante y las dificultades que el ajetreo humano yergue para impedir su realización.

El estilo de este libro es flúido, ágil, ajeno a la tiesura del purismo y bajo el encanto de su simplicidad, fluye esa socarronería candorosa, propia del pueblo y de los poetas que salvan a sus héroes, a causa de la misma hondura con que los observan.—L. M. R.